

# Guillermo Blanco: “mi carácter es como un revólver”

Su vaivenes de ánimo son tan amplios como su repertorio de actividades. Presidente del Consejo Nacional del libro, miembro del Consejo Nacional de Televisión y de la Academia Chilena de la Lengua, escritor, periodista y profesor universitario, forma parte de la memoria colectiva nacional con “Gracia y el forastero” y “Adiós a Ruibarbo”. No le preocupa no haber alcanzado aún el Premio Nacional de Literatura; está más interesado en lograr que el 690% en que subieron las consultas a bibliotecas en los últimos cuatro años no disminuyan.

Por Silvia Peña Pinilla  
Fotografía: Leo Vidal

**Guillermo** Santos Eleuterio Blanco Martínez, lo bautizaron en honor a su padre y a sus dos abuelos. Un segundo y tercer nombres que se encargó de ocultar bajo todos los costos, hasta que supo que Eleuterio venía del griego libertad. De paso, alguien se compadeció de él y en el carné lo dejó como Guillermo Blanco Martínez. Desde entonces usó sólo ese nombre e incluso lo cambió legalmente: “Tengo mucha nostalgia del Eleuterio que ahora figura sólo en la fe de bautismo”. Pero Guillermo Blanco, a secas, es el escritor que todos conocemos, el que ha vendido 700 mil ejemplares de “Gracia y el forastero”.

Serio en extremo, toma todo con suma gravedad y le echa la culpa a su educación española que le inculcó lo trascendente de la existencia.

—La vida no es para pasarla así no más, tiene un sentido. Cualquier tipo de arbitrariedad me hace hervir la sangre.

—¿Qué hace contra la injusticia?

—Una vez estaba viendo una película maravillosa con la Irene Papas, donde la apedrean por ser la pecadora del pueblo. Yo empecé a sentir que me quedaba chica la camisa, las venas del cuello comenzaron a hincharse y me tuve que salir. No siempre es tan fuerte la reacción, quizá estaba en un estado de ánimo especial, pero no lo pude soportar.

—¿En la vida cotidiana le ha pasado algo parecido?

—Una vez me puse a pelear con una jauría de perros; doce, quince perros, porque se tiraron todos contra el mío. Me saqué el cinturón y me fui encima del grupo porque era una injusticia.

—¿Cómo salió?

—Se asustaron más los perros que yo. Me hervía la sangre, no podía hacer otra cosa. Como no habría podido durante la época de Pinochet dejar de arriesgarme, hice todo lo que pude. Al tener la tribuna, me sentía con la obligación de responder ante mucha gente que no podía expresarse.

—¿Qué pasó con esa actitud, salió de su trinchera?

—No, no me da lo mismo lo que pase ahora, varias veces he dicho: bueno ya, júbilo, ya pasé los setenta, que sigan otros. Y aquí estoy.

—¿Cuál es en este minuto su lucha?

—Estoy tratando de dejar escritas las cosas que me quedan por hacer. Pulir las que escribí durante la dictadura. Son cosas que no tienen nada que ver con política, pero que no quise

publicar entonces por la censura.

—**Aparte de la injusticia, ¿qué más lo saca de sus casillas?**

—La bulla me molesta mucho. Una de dos: estoy loco o lo está el resto del país, pero esto de que haya música ambiental en la estación del Metro... ¿Quién oye esa música?, nadie. Yo tengo actitudes interiores muy violentas, me puedo poner de mala si me tocan mucha bulla y no me cuesta mucho enojarse. Mucha gente me cree de lo más manso y tranquilo porque me domino, porque si paso la barrera, me pasa lo de los perros y puedo ser muy violento. Por eso me sujeto.

—**De temer.**

—Desde chico tengo un temperamento fuerte, con los años uno toma conciencia de eso. El carácter es lo mismo que andar con un revólver: no llego y aprieto el gatillo, pero tengo costumbre de andar con el revólver.

—**Sin embargo, el humor es su herramienta de expresión.**

—Es una forma de poner énfasis en algo instintivamente a través de un lenguaje de chacota, es sólo una manera de expresarse. Si hablamos de estado de ánimo es distinto.

Y es que a pesar de su conocido agudo humor literario, Guillermo Blanco es un hombre de contrastes anímicos. De grandes euforias puede pasar a grandes depresiones, de las que ha estado incluso en tratamiento.

—En los momentos en que estoy más bajoneado es cuando más chacota armo. El bajón lo combato haciendo algo, escribiendo mucho.

—¿Por qué son sus bajones?

—Es una cuestión química. A mí lo que más me ayuda en esto es la porfía española. A un español no hay nada que le fascine más que llevar la contra, por eso cuando estoy bajoneado hago fiesta.

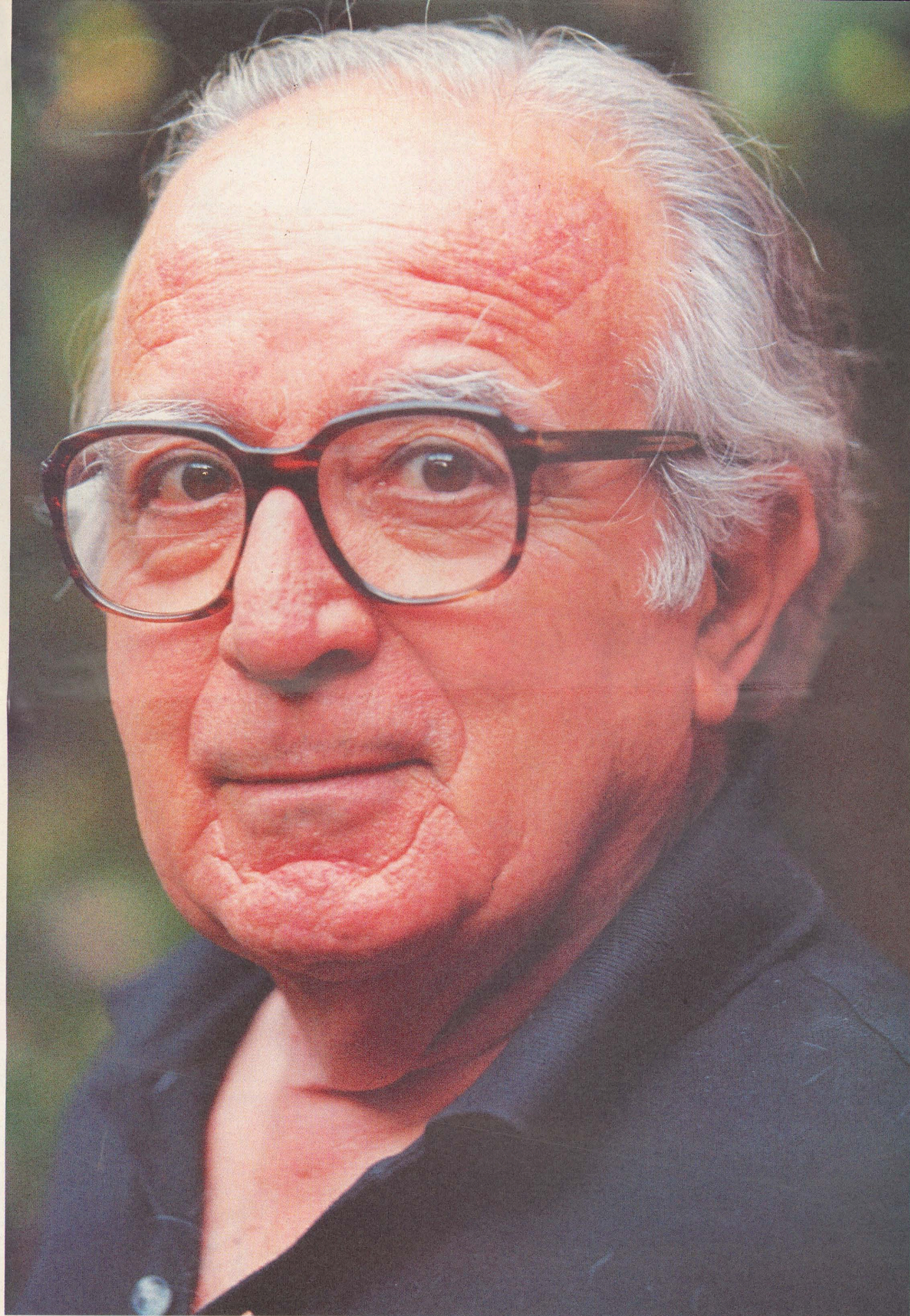
—¿Y la euforia cómo se manifiesta?

—En mirar con simpatía el mundo, en encontrar muchas cosas bien, incluso el gallo que va al lado en el Metro moviendo nerviosamente la pierna.

La soledad ha sido la compañera incansable que lo ha reconfortado en cada paso de su vida. Un hecho natural primero, que luego se convirtió en costumbre y elección a medida que pasaron la infancia y la pubertad, marcadas por su condición de hijo, sobrino, nieto y bisnieto único. Y, tal como dijo Vargas Llosa “escribir es un oficio solitario”, poco a poco la lectura y luego la poesía fueron llenando sus horas, especialmente después de los ocho años, cuando se produjo el quiebre que significó el traslado de la familia a Santiago:

—Me tocaba mucho vivir solo. Salía a caminar por los barrios de la capital que se parecían a Talca, porque  
(sigue a la vuelta)







(viene de la página anterior)

soy provinciano de adentro. Además, cuando vivía en Talca era completamente feliz. No es que después haya sido desgraciado, ni cosa que se le parezca, pero siempre he sido un exiliado de Talca.

A los nueve años escribió sus primeras poesías que aún guarda y considera horribles, un género que sólo profesa para sí mismo. La lista de sus libros es fecunda: *"Sólo un hombre y el mar"*, *"Misa de réquiem"*, *"Cuero de diablo"*, entre muchos otros.

El periodismo fue una "casualidad grata" que lo convirtió en subdirector del semanario *La Voz* y secretario de redacción de la revista *Mapocho*; corresponsal de *Ercilla* en la guerra de Vietnam y profesor fundador de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica. Aunque su mayor fama la alcanzó con su columna *página en blanco* en revista *Hoy*, durante los años ochenta.

**—En "El Joder y la Gloria" hace una crítica a los medios, especialmente a la televisión, ¿tiene esa postura como miembro del Consejo Nacional de Televisión?**

—No, yo más bien defendiendo a los periodistas. La culpa de la imagen de superficialidad de un tipo de periodismo es de los que piensan que los periodistas son unos empleaditos a quienes mandan a buscar escándalos. Con ese criterio hoy un Hernández Parker se moriría de hambre. Parece que se entendió porque la acogida que me dieron en los canales fue muy buena.

**—¿Y su posición ante la censura?**

—El Consejo no tiene facultad de censura. Cuando vemos que podría haber motivo de sanción, se formulan cargos y se espera una respuesta del canal. Cuando éste contesta, recién se decide si hay o no sanción.

**—¿Por qué la imagen censuradora entonces?**

—Se ha creado porque los diarios informan formulaciones de cargo, o sea cuando se piden explicaciones al canal; pero de esas formulaciones ni el diez por ciento se traduce en sanciones. Tenemos prohibido por ley intervenir en la programación de los canales.

**—Igual el Consejo aparece como ultra censorador.**

—Sí, claro, cuando sale el tema en clases tengo que dar explicaciones porque se me viene el curso

encima. Pero dentro del Consejo yo tengo una posición no castigadora, porque me he ido convenciendo de que muchas veces la gente quiere que nosotros le arreglemos el problema con sus hijos. Un papá que dice: "yo creo que mis hijos no deben ver esto", tiene que conversarlo con ellos, no esperar que nosotros lo prohibamos. A nosotros nos toca ver muchas escenas de sexo y otras muy violentas, nos las pasan para ver si hay infracción a las normas. La verdad es que terminamos hasta la coronilla de ver basura televisiva. Eso produce cansancio, no perversión, yo no ando persiguiendo mujeres por la calle. *Na' que ver*, todo lo contrario. A lo mejor el atractivo de lo prohibido es tan fuerte que resulta contraproducente castigar.

A punto de cumplir un año como presidente

del Consejo Nacional del Libro, "un secreto maravilloso, porque no nos dan mucho boleto los medios", está feliz. Cambia el tono de su voz y le brillan los ojos mientras cuenta que este año le tocó entregar 52 millones de pesos en libros a lo largo del país y que, además, otorgaron cincuenta becas de creación para escritores, lo que significa 2 millones de pesos por cabeza para financiar una obra literaria.

También anunciaron la creación de una beca para bibliotecarios, profesores y proyectos que hayan demostrado particular originalidad en el fomento de la lectura, como la biblio-lancha de Chiloé o el triciclo repartidor de libros en Chañaral.

Pero su más reciente orgullo lo constituye el concurso que premia las mejores obras del año anterior y las mejores propuestas en cinco géneros: novela, cuento, poesía, teatro y ensayo, que entrega







un premio de 7 millones 200 mil pesos por creación.

**—¿Cómo siente esto de ayudar a una nueva generación en las letras chilenas?**

—Estoy feliz. Hay gente con tanto mérito; el momento literario de Chile hoy es excelente, soy un gran entusiasta de eso, es un tiempo muy fecundo. Ya no se puede hablar de crisis del libro.

**—¿Qué pasa con los lectores?**

—Han aumentado. Yo no soy bueno para las cifras, pero hay una que se me quedó y espero que no se me borre: las consultas a bibliotecas en cuatro años subieron en un 690%.

**—¿Cómo se explica entonces que siempre se esté diciendo que los chilenos no leen porque los libros son muy caros?**

—Aquí hay dos cosas: leemos poco, pero el consuelo es que comparados con otros no estamos tan mal como se dice por ahí. Y eso de que los libros son muy caros es un mito rasca. Porque cuánto cuesta un libro corriente, ¿cinco mil, seis mil pesos? ¿Y cuánto cuesta un disco compacto? Hay plata para comprar compactos y no para libros; hay que ver qué se prefiere. El Iva es la excusa, no la razón. Tampoco uno debe ponerse en la actitud de que todo el mundo debería leer. Que lo hagan quienes les gusta, pero que haya libre acceso, que no sea una cosa de carestía.

**—¿Entonces no hay crisis del libro en Chile?**

—Estoy convencido de que no. Pero para crecer, es urgente salir de las fronteras. Si hubiese una especie de Mercosur literario, ayudaría a que todo fuera más barato.

**—¿Usted está creciendo en su producción?**

—Por cábala sólo hablo de lo que tengo listo, y acabo de terminar dos libros que no sé cuándo serán publicados: *"El león sin sus gafas"*, sobre los últimos días de Miguel de Unamuno, que escribí en Salamanca después de visitar su casa museo. El segundo es una reunión de cuentos que tienen como elemento de unidad Talca, por eso se llama *"La canilla de don Quijote"*, que los talquinos aseguramos que está enterrada en nuestra Plaza de Armas, de puro creídos que somos. 